

DOSIS MÍNIMA

“No hay nada más animal que una conciencia tranquila en el tercer planeta a partir del Sol”.

“Que me disculpe el tiempo por el mucho mundo pasado por alto a cada segundo”.

“Perdonadme, guerras lejanas, por traer flores a casa”.

Wisława Szymborska, Premio Nobel de Literatura en 1996.

Grandes pasiones medievales

LUIS FERNANDO CHARRY



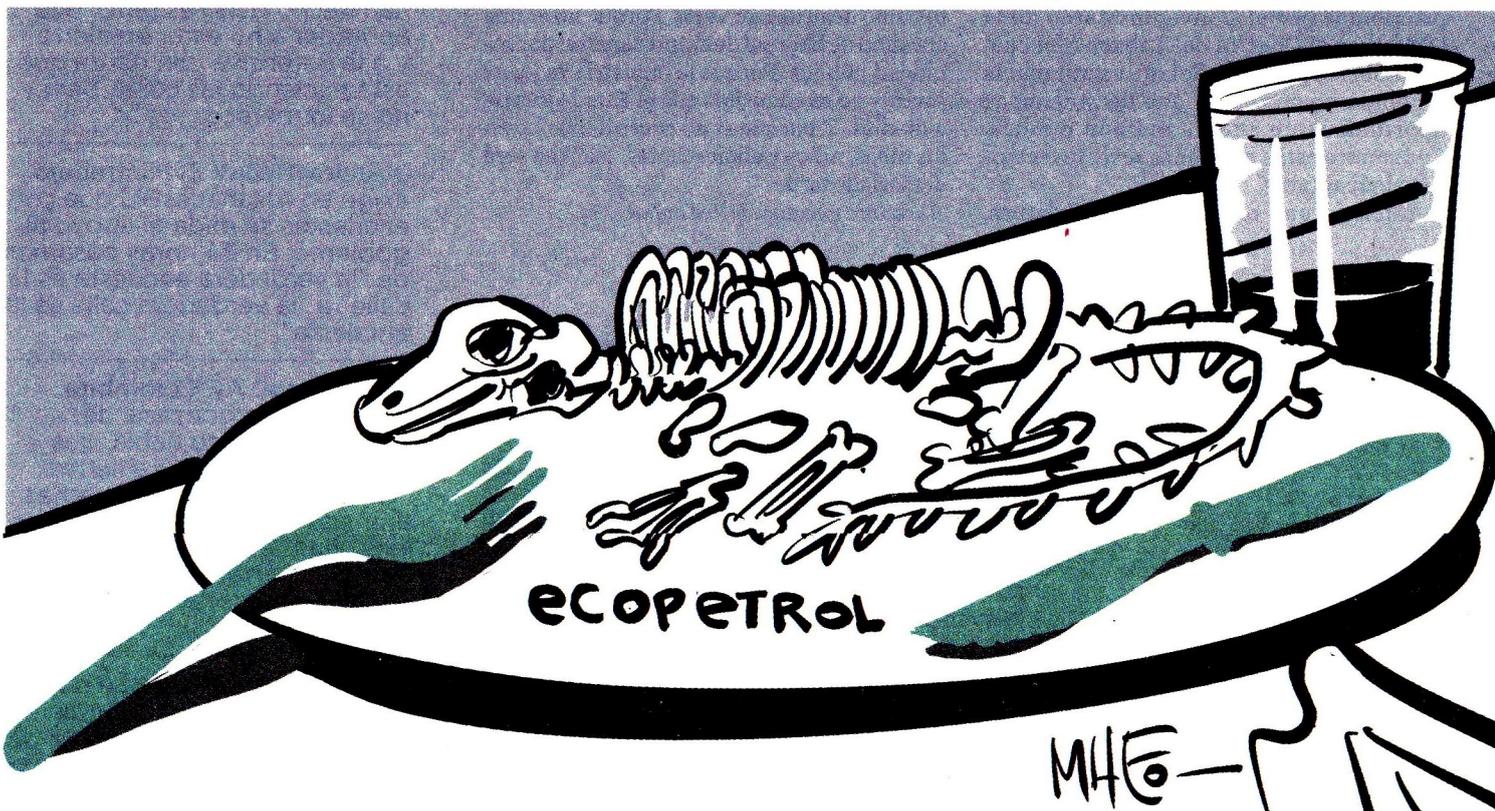
ES POSIBLE QUE EL AMOR HAYA sido el tema más persistente en la literatura medieval española. Al principio se manifestó en los trovadores y juglares: ante el rechazo de la mujer amada, la insatisfacción se convertía en el principal motivo de inspiración. De eso hay suficientes muestras en las cantigas, donde el amor no correspondido recorre cada composición como un *leitmotiv* de despecho, de abandono, de locura. Este estado de desmesura emocional se consolida en la ficción, ya que el amor no correspondido se vuelve un intenso pretexto literario a través del cual los personajes pasan de la docilidad al descontrol. ¿Cuántas obras se podrían citar? Muchas, sin duda. Por razones de espacio, solo voy a comentar dos “casos clínicos” que a lo mejor habrían hecho las delicias de Freud.

En *Cárcel de amor* (1492) de Diego de San Pedro el “amor enfermo” tiene un propósito didáctico. Por eso saltan a la vista los efectos que produce la enfermedad en el cuerpo (la contemplación de la amada es el detonante), cuyo síntoma inicial se presenta cuando la posesión no se consuma. A partir de ahí surge una “cadena lógica” de desequilibrio: el enamorado pierde la razón, actúa sin voluntad y deja que las normas del enajenamiento rijan sus días. Por lo general, no hay salvación: lo inalcanzable (la belleza de la amada es un ideal de la perfección) nunca ha estado al alcance de la mano. Entonces solo se puede anhelar la liberación, o sea, la muerte, en especial la muerte trágica. Si hay amor hay muerte: tal parece ser la consigna de la ficción medieval.

Aparte de una serie de géneros representativos de la época —narración sentimental, poesía amorosa cortesana, comedia humanística—, en *La Celestina* (1499) de Fernando de Rojas reaparece el viejo motivo de las cantigas. De alguna manera el eco de aquellas historias amorosas marcadas por las frustraciones o la distancia enmarcan la obra. Esta vez, sin embargo, los temas propios de las cantigas se actualizan gracias a la intervención de un tercero, un tercero que no solo funciona como una especie de “puente irónico” en el camino del amor (sin los onerosos favores de la Celestina, Rojas no estaría añadiendo nada nuevo al universo de las narraciones sentimentales de la época), sino también como una figura que vitaliza un elemento, muchas veces abstracto, que se denomina sociedad: con su conducta (ejemplar o reprobable, es lo de menos), la Celestina hace posible el pacto carnal entre dos personajes que pertenecen a distintas clases sociales y se convierte en una especie de “puente irónico” que permite que todos los miembros de una sociedad estratificada —rufianes y nobles, ramerías y doncellas— puedan convivir en armonía.

Si bien a primera vista las diferencias sociales imponen ciertas jerarquías, lo cierto es que las pasiones carnales invalidan la estratificación propia de las castas. O para decirlo de un modo un poco más enfático: el sexo es lo único que puede humanizar a toda la sociedad. Así, el amor se confunde a menudo con la lujuria (no está mal que así sea, supongo) y por eso al final el juego se vuelve tan peligroso que termina muchas veces en tragedia.

Mheo



Autocensura y guerra al conocimiento

CATALINA URIBE RINCÓN



A LOS MEDIOS ESTADOUNIDENSES LES fascina la metáfora de la guerra: la guerra fría, la guerra contra el terror, contra las drogas, la guerra comercial y, más recientemente, la guerra contra el conocimiento. Esta última comenzó con una disputa con Harvard por negarse a aplicar políticas discriminatorias impulsadas por Trump, y ha escalado hasta convertirse en un discurso contra todas las universidades. Varias de sus políticas se enfocan en recortar fondos para la educación superior, la investigación, la ciencia y la medicina. Sus discursos buscan deslegitimar el conocimiento, asociándolo con lo elitista, lo inútil y lo innecesario.

El origen, o mejor, la excusa, del conflicto es que la administración Trump busca ciudadanos obedientes a sus reglas y espera que las universidades contribuyan a formar ese tipo de individuos. Como Harvard, varias universidades se han resistido oficialmente, pero internamente ya ha comenzado un proceso de autocensura. Desde el inicio de la disputa, varios colegas —activos en redes sociales, críticos de Israel y solidarios con Palestina— han empezado a borrarse a sí mismos: cierran sus cuentas, dejan de publicar. Otros bajan la voz.

Cuando mencionan a Trump, lo hacen en susurros, como señores de clase alta al hablar de sus empleados.

La profesora Ada Palmer, de la Universidad de Chicago, ha estudiado la historia de la censura. En una charla sobre el tema, argumenta que tendemos a pensarla solo en términos orwellianos: el Gran Hermano, la Inquisición, el censor malintencionado. Pero no siempre es así. Existe otra forma más difícil de identificar: una autocensura cautelosa. A veces nace de una intención protectora, de un sentido de crisis, miedo, patriotismo, incluso amor. Censuramos para proteger una reputación, como hizo la familia del poeta y soldado Wilfred Owen, al ocultar los pasajes que revelaban sus problemas de salud mental, por ejemplo. Censura es también lo que hacemos para protegernos y proteger a quienes queremos.

Ada Palmer identifica dos principios clave sobre la censura: gran parte ocurre mediante la reutilización de instituciones o políticas que no fueron creadas con ese fin, y toda herramienta de censura, una vez puesta en marcha,

“La administración Trump busca ciudadanos obedientes a sus reglas y espera que las universidades contribuyan a formar ese tipo de individuos”.

será eventualmente usada por otros, incluso por quienes piensan distinto. Esa ambigüedad la vuelve especialmente peligrosa. Muchos actos de censura no son organizados ni deliberados, sino respuestas improvisadas a crisis. En Estados Unidos, por ejemplo, la Autoridad de Código de los Cómicos se creó para proteger a los niños de la violencia, pero terminó eliminando sistemáticamente representaciones positivas de personajes negros o LGBTI. Así, la censura es al mismo tiempo legal, tecnológica y cultural.

Todo esto muestra que los esfuerzos por coartar la libertad de expresión, por lo que se dice y piensa, como los impulsados por la administración Trump, son mucho más peligrosos y escurridizos que las armas. No actúan de frente, no apuntan a la cabeza, pero erosionan la arquitectura de confianza sobre la que se construye el conocimiento. Desde la invención de la imprenta, casi ningún intento de censura ha logrado erradicar por completo lo que buscaba eliminar. Galileo no fue totalmente silenciado, pero su condena sí tuvo efecto: asustó a Descartes, quien dejó de publicar un tratado recién terminado para hacerlo más ortodoxo, más católico. Como escribió Ada Palmer, los verdaderos censores rara vez buscan borrar una idea por completo; prefieren etiquetarla, vigilarla y controlar su acceso, para así ir diluyendo y asfixiando. Esta no es una guerra de fuego, sino una guerra por el sentido: silenciosa, persistente, y capaz de desarticular la libertad desde adentro.